

| Resurgir de un paradigma*

Ricardo Sánchez Ángel**

Resumo:

Em este artigo proponho umas precisões sobre o alcance da categoria classe trabalhadora, e faço um recorrido sobre o concepto de classe, luta de classes e conciencia de classe. Estabeleço a necessidade de uma perspectiva diacrônica e histórica para compreender que, é no desdoblamento dos trabalhadores por as suas reivindicações e as condições de dignidade quando se conformam como classe social.

Los componentes principales de los trabajadores latinoamericanos y colombianos, se agrupan así: los de los sectores extractivos mineros, petróleo y demás recursos naturales ligados al comercio exportador para el mercado mundial; los trabajadores agrícolas, incluyendo las plantaciones (enclaves extranjeros) y las haciendas de explotación comercial; los trabajadores del transporte, obras públicas, puertos, servicios públicos como energía, agua y mantenimiento de distinto orden; los trabajadores de servicios sociales, educadores, de la salud, seguridad social, justicia; los trabajadores del sector industrial, mediana y gran empresa, del comercio y del sector financiero. Y están los trabajadores propietarios como los campesinos en sus distintas modalidades, los artesanos, comerciantes y de otros oficios.

Una mirada meramente empírica al universo de la clase trabajadora la encontrará fragmentada, dispersa, estratificada y con una variedad de sentidos en el desarrollo de lo material y en la organización de los procesos de producción. Es en su conformación y expresiones de carácter múltiple - heterogéneo, complejo en la cual realiza su existencia y unidad en sí y para sí en el orden simbólico, político y de la movilización, lo que le da su conformación unitaria como clase.

I

Sitúo la categoría de clase de los trabajadores en el campo de la historia,

* Este artículo es una versión del primer capítulo de la investigación La clase trabajadora en Colombia, 1975-1981, para la tesis de Doctorado en el departamento de historia de la Universidad Nacional de Colombia.

** Profesor Asociado Universidad Nacional de Colombia. Candidato a Doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia.

vale decir como creación y desarrollo de realidades en determinadas épocas, como realidades socioculturales y económico políticas, tanto en sus contextos internacionales como nacionales o regionales. Circunscribir el espacio teórico, la lucha de clases al campo de la historia, no implica desconocer o minimizar los aportes de la sociología, la economía, la política, los estudios culturales, las artes y las letras, el derecho y en general los distintos saberes de las ciencias sociales, sino integrarlas a un pensamiento complejo como dimensión epistemológica de la historia, en su acepción abierta y comprensiva.

II

El concepto rector que utilizamos debe entenderse como flexible, provisto de la necesaria generalidad y apertura al cambio de los procesos y no como categoría a imponer sobre realidades de suyo extremadamente heterogéneas. Este método implica que el momento de la lucha de clases aparece prioritario sobre el de la clase, lo vuelve incluso constitutivo de ésta e involucra las dimensiones de la conciencia, las representaciones, hábitos culturales y domésticos. Pero, deben entenderse los tres aspectos, clase, lucha y conciencia de clase como un *continuum*, como una interrelación de estos factores que le dan configuración material y simbólica a la categoría.

Las múltiples identidades que conforman la clase trabajadora, también son experiencias y posiciones sociales: mujeres, hombres, indígenas, afrodescendientes, emigrantes, practicantes de distintas religiones y credo político, demandan una mayor visibilidad y exposición de este universo diverso y complejo. Pero, igualmente las particularidades de una identidad, la de las mujeres o indígenas, no invalidan su calidad de trabajadoras. Incluso, cuando privilegian reivindicaciones ‘propias’ de su identidad. Es un asunto que está inscrito en la complejidad de las realidades, de las representaciones culturales y en el desarrollo de la conciencia. De otra manera se estaría fraccionando el alcance de las luchas, al no captar sus vínculos secretos o evidentes, más allá de los reconocimientos que se le quieren asignar. Las luchas de los indígenas y de las mujeres, no son sólo sus propias luchas, sino que forman parte, en su singularidad de programas, formas de combate y representaciones, de la amplia movilización de los trabajadores. Esto no significa en forma alguna, diluir ni reciclar sus alcances a favor de una idea homogénea y hegemónica de la clase.

Las identidades individuales, deben ubicarse en el *continuum*, en el movimiento que supere la separación entre individuo y sociedad, dualismo que conduce a un tratamiento en sí mismo de ambas nociones, tanto en el lenguaje como en el pensamiento, cuando se trata de dos perspectivas de los seres humanos. Tanto los hombres como las mujeres nacen y viven en sociedad, no son entes aislados,

moléculas y átomos que se relacionan en forma independiente pero que son suficientes en su propio ser. Todos los humanos estamos social y culturalmente constituidos en los procesos históricos. La fábula de Robinson Crusoe es eso, sólo existe en la imaginación literaria de Daniel Defoe. Pero, esta interrelación se expresa como composición en el sentido de la sicogénesis y sociogénesis que estudió Norbert Elias. Lo sociocultural de los individuos se expresa en permanente interrelación con la vida de la sociedad. Lo que llamamos nuestra autonomía individual, personal, la subjetividad está formada y se desarrolla en relación con lo familiar, social y cultural. Relaciones entre grupos y subgrupos, inequidades, jerarquías, dominación material y simbólica.

En la experiencia contemporánea los sucesos distantes se vuelven simultáneos en razón de la producción de la virtualidad mediática y de los cambios operados y en curso en las sociedades internacionales, lo cual incide de manera importante en los procesos de constitución de las identidades personales. Las posibilidades de las redes sociales a escala internacional han mostrado su eficacia en el desarrollo de las luchas y en la coordinación de nuevos movimientos como los feministas, ecologistas, antiglobalización y pacifistas. El carácter internacional de la educación, las ciencias y las artes, y de manera especial las comunicaciones, trascendiendo las identidades nacionales y locales, es definitivo en la identidad internacional de las personas, más allá de lo que ellas estén dispuestas a reconocer.

III

Como campo de lucha, estas fuerzas dinámicas se reconocen y se relacionan en la negación, en el acercamiento, en la controversia, en la disputa que puede llegar a ser antagonica o devenir en conciliación e integración – cooptación. Buscando siempre, quien ocupa mejor este espacio en el conflicto, y lo hacen en las dimensiones tanto materiales como simbólicas.

Hay que imaginar en su despliegue estas conformaciones, con sus representaciones y su potencia. Su grado de organización y disgregación, de concurrencia y separación, de auge y retroceso, de avances y derrotas. Por lo tanto, como lo muestra la lectura crítica que parte de constataciones objetivas y hasta positivistas, no existe un concepto homogéneo de la clase, ni en las dominantes, ni en las subalternas. Estas son categorías heterogéneas y llenas de matices, empezando por superar el anacronismo dominante de una clase androcéntrica, donde las mujeres son reconocidas en el mejor de los casos como un sector y no como componente fundamental de la clase trabajadora, independiente de las relaciones cuantitativas y de las valoraciones al uso sobre la ‘importancia’ de una actividad. Esto es más cierto en cuanto a los trabajos no reconocidos, invisibilizados y despreciados, como los domésticos y los de las mujeres en la

familia, al cuidado de los hijos y el padre, en la función de reproducción de la misma, para la vida, el trabajo y la sociedad.

Es necesario también, reconocer en esta desconstrucción que estas existencias humanas se conforman pluralmente en el origen cultural, de pueblos y etnias. Así, lo sabemos bien, los trabajadores activos o marginados, si son negros en África o en América latina -Colombia no es la excepción- y si son mujeres, además cabeza de familia, son las más explotadas, oprimidas y humilladas. Me parece que los esfuerzos de mayor objetividad y enfoque científico de la historia, involucran las dimensiones de la justicia – injusticia y de dignidad e indignidad como realidades objetivas, tanto materiales como simbólicas. En este sentido, también la historia en su acepción radical incorpora la filosofía de los derechos y la dignidad a su acervo y a sus enfoques de comprensión. Una historia de la lucha de clases es también una historia sobre el progreso o retroceso moral – ético de la humanidad e informa lo que podemos reconocer como el estado del arte de la civilización y las reediciones de la barbarie. Debemos acompañarnos de *El Ángel de la Historia*, que nos descifra que todo documento de cultura es al mismo tiempo un documento de barbarie.

Con Walter Benjamin, la historia que comprendemos y exponemos descansa sobre un concepto del tiempo pleno, del ‘tiempo ahora’ en contra del concepto lineal del progreso que implica un tiempo homogéneo y vacío. Este concepto lleva a reconocer un tiempo de agudización de las luchas por su intensidad, expresión de procesos concentrados, punto de llegada y apertura de un nuevo ciclo de luchas. El tiempo de la lucha de clases en su amplio despliegue viene a ser distinto al tiempo de la ‘normalidad’ en las relaciones interclases, que es más dilatado, al contrario del concentrado de las confrontaciones agudas entre las clases, mucho más si se trata de acontecimientos que cambian significativamente el proceso social en curso, sean de signo revolucionario o contrarrevolucionario, de reforma o contrarreforma.

Así las cosas, la objetividad y la investigación que reclama la historia para acercarse a la veracidad que es a su vez siempre perfectible y sujeta a corrección, no puede ser neutral e implica una valoración de los intereses en pugna. Valorización que debe despojarse de la contaminación de los ideologismos evitando la perversión apologética.

El pasado de la lucha de las y los trabajadores debe ser recuperado, porque nada de lo histórico es asunto cancelado, ni obra sólo como recuerdo o testimonio. La incorporación de las luchas de las y los trabajadores en el quehacer histórico requiere una ubicación del lugar donde se escribe.

IV

La historia de las luchas de las y los trabajadores, implica la negación de todo naturalismo y esencialismo. No es reducible a una sola forma de presentación, sino que su materialización es multiforme: va de la revuelta, la protesta en la calle, el paro y la huelga, las manifestaciones amplias, los mítines y asambleas, hasta el boicot y el levantamiento. Las épocas históricas de la organización social y de la producción material condicionan los alcances de estas luchas y sus configuraciones. Así, la huelga es en su carácter de reivindicación económica o de huelga general de protesta una forma propia del capitalismo. Las revueltas sociales acompañan a las diferentes épocas desde la antigüedad y suelen expresar la rabia y desesperación de los oprimidos: esclavos, campesinos, artesanos, pueblos y formas de organización de la base social. Los paros populares o cívicos que engloban a amplios sectores populares por reivindicaciones o protestas, utilizan una forma instaurada por la clase trabajadora en sus luchas y en los mismos están los trabajadores de la manera más amplia, concretándose su actuación de forma territorial, más allá del lugar de trabajo, aunque puede involucrarlo. Al igual que conforman una multitud en transición de la sociedad. En todo caso, las formas de lucha son una creación histórica, un proceso de maduración de condiciones, en que la voluntad de los actores sociales y políticos debe coincidir con ellas.

La crítica a la utilización de la lucha de clases como una categoría circunscrita a lo económico y en el caso de los de abajo, a la producción fabril, es correcta, lo cual implica liberarla de esta cárcel estéril del enfoque economicista y mecánico. De manera similar ocurre con la crítica a la idea de vanguardia esclarecida y redentora de la clase obrera, que es justa porque señala el mesianismo implícito en tal concepción y el erróneo alcance teleológico y de deber ser que lo alienta. Esto y mucho más se puede y se debe criticar en el uso erróneo de la categoría de clase, lucha y conciencia de clase, pero ello no implica renunciar a la pertinencia de su uso teórico y práctico. En este horizonte no aparece claro que la sustitución como categoría central debe desplazarse al de movimientos sociales, colocando en un lugar secundario la anterior. Por supuesto, no debe sacarse la conclusión de la inutilidad del concepto de movimientos sociales -también fruto de distintos enfoques- en tanto los resultados de su aplicación han enriquecido el universo de las luchas populares.

V

El sistema mundial del capitalismo no es homogéneo ni compacto. Es diferenciado, heterogéneo y profundamente desigual y combinado. El capitalismo configura realidades iguales - desiguales, lo propio ocurre con sus organizaciones económicas y sus fuerzas sociales de distinto orden, al igual que las formas

estatales. El historiador está obligado a estudiar, comprender y exponer sobre realidades concretas y tendenciales de los procesos de las luchas sociales y políticas y no realizar abstracciones generales, desligadas de los componentes de época y situación espacial. Las clases trabajadoras de América latina, son también iguales – desiguales, distintas. Tienen conformaciones macroeconómicas similares, globalizadas en las dinámicas del capitalismo comercial de explotación y circulación de mercancías y riquezas, en las formas de trabajo, pero expresan configuraciones con desarrollos desiguales y fisonomías socioculturales de tradición política, cuya singularidad en veces debilita o vela las características de identidades del capitalismo continental. Es lo que va de Haití a Brasil y de Guatemala a México, en que los contrastes son significativos (Bonilla, 2005). Un movimiento globalizador del capitalismo de signo imperialista, por sus expresiones de dominio comercial, financiero y político – diplomático, en un contexto de militarización de las relaciones internacionales, acelera los procesos de identidad internacional en ritmos que no son automáticos, ni brotan directa y abruptamente de la lógica del capital, sino que se incuban en procesos que vienen de las experiencias anteriores, de las derrotas y de la lenta toma de conciencia de la injusticia y la indignidad. Es ante todo un proceso histórico, con sus propios tiempos y desenlaces.

De esta manera, el internacionalismo de las clases trabajadoras, de los pueblos y movimientos sociales tiene una mayor posibilidad, dado el carácter comunicacional de los sucesos en forma simultánea y la incidencia de los comportamientos de la economía, la tecnología y la cultura. Sin que desaparezcan los nacionalismos, que permanentemente reverdecen, y los estados nacionales que continúan subsistiendo con desigual fortuna. Vivimos en una era internacional, donde las interrelaciones son cada vez más dinámicas: incluyen las diásporas, los movimientos migratorios de millones de personas en todo el mundo, el turismo de masas, etc.

En los últimos treinta años, estas estructuras y procesos se han complejizado, pero dista demasiado de parecerse a un globo en que todas las caras son iguales. La asimetría rige de países y continentes metropolitanos a los de la periferia o subordinados, sin desconocer que la dinámica de pauperización ha crecido en los epicentros metropolitanos. Todo esto en una dinámica de mercantilización en propagación, amenazando colonizar todos los escenarios de la vida, la sociedad y la naturaleza. La sociedad del conocimiento científico, técnico, cultural es una economía del conocimiento, en tanto de manera dominante es y será producido para la compra-venta, al tiempo que es y será producido para ser valorizado, en un nuevo ciclo productivo, su meta será siempre el mercado. Es el desarraigo de la sociedad, la vida y los saberes a la economía y de ésta al mercado.

VI

La situación del trabajo combina distintos componentes y dinámicas, el fortalecimiento resultado de los nuevos cambios tecnológicos, se expresa en un aumento de la forma trabajo, asalariado o no, flexibilizado y precarizado, desconcentrado y atomizado en una tendencia a la sobreexplotación con formas abiertas o disfrazadas de trabajo servil y despótico, renovándose el trabajo infantil. El antiguo divorcio entre campo y ciudad se ha relativizado con el debilitamiento en varios lugares del campesinado y el aumento de la agricultura comercial e industrializada. En medio de su heterogeneidad y singularidades de distinto orden se da la identidad de ser trabajadores y conformar una clase en un sentido amplio y político - cultural. La existencia y contradicción entre capital y trabajo, propia del sistema capitalista se mantiene con determinaciones de producción material, formas de trabajo y formas de vida en permanente mutación, una incesante transformación de todo lo existente, con sus respectivas consecuencias. A su vez, este modelo de acumulación que aumenta la sobreexplotación y la productividad, se realiza con reformas laborales, tributarias, pensionales, educativas, a la seguridad social y a la estructura de la salud, favoreciendo la intermediación financiera y las privatizaciones. Se adoptan medidas de excepción que recortan los derechos democráticos y las libertades que constituyen un sistema bifronte: neoliberalismo económico - estatal y represión social - política. Así las cosas, las organizaciones sindicales y sus confederaciones, los partidos políticos de base proletaria y otras formas tradicionales de organización, se han debilitado considerablemente de país a país y de continente a continente.

Se debe contrastar el aumento de la desigualdad, efecto de la mayor concentración de la riqueza y el capital y el aumento de la pobreza en América latina. Esta última se presenta con dos características, de acuerdo con Pierre Salama, “*La pobreza conserva los estigmas de la sociedad subdesarrollada y adquiere los de la sociedad moderna.*” (1999: 183-184). Los pobres vienen a ser trabajadores ocasionales pauperizados, en el umbral o participando de la miseria y el hambre. En cualquier caso, una situación extrema de injusticia e indignidad.

VII

Frente a la idea de que en Estados Unidos las clases sociales dejaron de existir, conviene comentar el informe de Janny Scott y David Leonhardt: *Clases sociales de Estados Unidos*, en donde se contraría dicha apariencia: “Pero la clase social todavía es una poderosa fuerza en la vida estadounidense. Durante las tres últimas décadas ha pasado a jugar un papel mayor, y no menor, de maneras significativas.” Sobre la promocionada movilidad e integración sociales el informe es conclusivo: “Así parece que, aunque es más fácil para unos cuantos altamente

ambiciosos escalar a las cumbres de la riqueza, para muchos otros se ha vuelto más difícil ascender de una clase económica a otra. Podría decirse que es más probable ahora que hace 30 años que los estadounidenses terminen en la clase social en la que nacieron.” (2005)¹

Sobre la promocionada meritocracia como valor de reconocimiento cultural para el desempeño de cargos burocráticos fundamentales los autores señalan que el mismo sigue basado en la clase social y tiende a perpetuar status sociales y de poder ya consolidados, los cuales se transmiten a los nuevos miembros de la élite. Los registros de este estudio, basado en encuestas de sociología actual contemplan además, una definición de la clase social como una manera en que las sociedades se clasifican. Las clases, anotan, “son grupos de personas con posiciones económicas y sociales similares; personas que, por esa razón, pueden compartir actitudes políticas, estilos de vida, patrones de consumo, intereses culturales y oportunidades para salir adelante.” (2005)

Todo esto en un complejo de heterogeneidad cada vez más acentuado, dando lugar a una estratificación más diversa. Estados Unidos aparece como un país de mayores desigualdades que Inglaterra y Francia, aunque con mayor dinamismo económico. No obstante la percepción de amplios sectores es de mejoría, así el 45% de los encuestados respondieron estar en una clase social más alta que durante su infancia, mientras sólo el 16% dijo estar en una más baja. En general el 1% se describió como de clase alta, el 15% de clase media alta, el 42% de clase media, el 35% de la clase trabajadora y el 7% de clase baja (2005).

Lo que viene a velar, a hacer borroso el paisaje clasista es la universalidad de los patrones de consumo masivo, en que el automóvil y los electrodomésticos son populares. La diversidad de género, raza y etnia es otro factor a considerar. La ideología optimista que representa ‘el sueño americano’ de igualdades, de jerarquías basadas en el talento y en el trabajo duro, en el individualismo como motor de la movilidad viene a encubrir las realidades clasistas, al igual que el nacionalismo de gran país exhibido por Estados Unidos en el concierto internacional. Las cifras son contundentes: del período de 1977 al 2001, el ingreso anual, después de impuestos del 1%, de los hogares que están en la cima aumentó 139% a más de 700.000 dólares. Los ingresos de la clase media aumentaron sólo el 17% a 43.700 dólares y los de los pobres sólo el 9%.

La expresión teórica de la primacía de lo individual en la conformación de lo social, la constituye el individualismo metodológico, en que la unidad de análisis básica es el individuo y desde allí se reconocen los agregados institucionales y las acciones colectivas. Otra variante la constituye el neoinstitucionalismo, que

¹ El *New York Times* publicó una serie sobre el tema que se puede consultar en: www.nytimes.com/class

en su pretensión sistémica valora como primordial las reglas del juego en que lo definitivo vienen a ser las decisiones individuales: la famosa elección racional. En la formulación de Douglas North, el estado viene a ser la institución central en tanto tiene la ventaja comparativa en la violencia y está en condiciones de garantizar el derecho de propiedad. Bien lo señala el historiador económico Óscar Rodríguez: “La convergencia entre la nueva economía institucional y los fundadores del pensamiento neoliberal tienen (sic) un tronco común: el individualismo metodológico, en el cual los fenómenos sociales son interpretados a través de las interacciones individuales.” (2002: 46).

VIII

Algunas de las manifestaciones de las graves crisis de los movimientos obreros a finales del siglo (1980-2000) se manifiestan a escala global: la disminución de la actividad huelguística, de sus condiciones y radicalidad; la caída de la afiliación sindical; la disminución de los salarios reales, la seguridad social precarizada, además del desempleo. A lo que hay que sumar la movilización del ejército de reserva y la amenaza de los marginados, que constituyen una oferta abundante en la globalidad del mercado. La debilidad de la soberanía estatal en varios países, a su vez debilita la capacidad de negociación de los trabajadores, al imponerse regulaciones internacionales del Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y el Fondo Monetario Internacional, en la vía de las llamadas reformas estructurales: caída del salario real, recorte fiscal para el gasto social, precarización de las relaciones laborales y colapso de la negociación colectiva en amplios sectores, todo en un proceso de aumento de la acumulación del capital por la vía de la expropiación de los ingresos y conquistas materiales de los trabajadores. Un modelo perverso de sobreexplotación y de negación de las condiciones sociales de trabajo.

Además se considera que las transformaciones “posfordistas” en la producción y en el trabajo, reducen el poder de negociación en el lugar de trabajo, debilitando la fábrica como espacio proletario, al revés de lo que ocurría en el período fordista que tendía a aumentar considerablemente el poder de negociación en los sitios de trabajo. Pero ello es relativo, aunque serio, dado que la década final del siglo XX, “detectaban un nuevo repunte del movimiento obrero, sobre todo en la reciente reacción popular contra los trastornos provocados por la globalización actual.” (Beverly, 2003: 16)

Para Chris y Charles Tilly entre 1968 y mediados de los años setenta, las huelgas de estudiantes, activistas y trabajadores se incrementaron, y cambiaron las estrategias. Para estos autores la huelga adquiere el valor de una acción estandarizada y normalizada con la regularización e institucionalización del derecho de huelga

de los trabajadores, que poco a poco limitó la magnitud del mismo y permitió la vigilancia de estos procedimientos. Con la normativización del sindicato “la huelga se estableció como sistema de rutinas altamente reconocible, cada vez más estandarizado.” Sin embargo, los autores señalan que la huelga conserva una profunda articulación con aspectos culturales e históricos, que hacen de ella un fenómeno particular y dinámico, a pesar de dicho proceso (1998: 240).

En ese sentido, para los Tilly los trabajadores que se involucran en enfrentamientos colectivos, aunque inmersos en un mundo de rutinas, deben asumir una actitud de improvisación, consenso, definiciones y compromisos frente a situaciones variantes. Esto supone que “la interacción estratégica exige anticipación, sorpresa, predicción, e interrupción de procedimientos valorados, recursos, o identidades de los opositores.” Además, los conflictos promovidos suponen la construcción de complejas redes de interacción, y la participación de otros actores que no están directamente conectados en una relación de producción-salario (1998: 240).

En su investigación de la historia laboral, Beverly Silver demuestra que la evolución no es de tendencia lineal ni homogénea en relación a estos procesos de relocalización y transformaciones ‘posfordistas’. La movilidad del capital hacia zonas de bajos salarios ha operado sólo relativamente, tal como lo documenta el informe de la Conferencia de la Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNTAD-2000) que muestra que la inversión extranjera sigue concentrándose en el norte con salarios más altos. La autora argumenta:

Es evidente que se ha venido produciendo una reubicación del capital industrial hacia zonas de bajos salarios, que para ciertas industrias y regiones ha sido masiva. Sin embargo... el impacto de esa reubicación ha sido mucho menos unidireccional de lo que sugiere la tesis de la carrera-hacia-el-abismo. Aunque el movimiento obrero se ha visto debilitado en los lugares que emigraba el capital productivo, en los nuevos lugares de inversión se ha creado y reforzado una nueva clase obrera. Así, los ‘milagros’ económicos del trabajo barato durante las décadas de los setenta y ochenta -desde España y Brasil hasta Sudáfrica y Corea del Sur- crearon una nueva clase obrera, estratégicamente situada, lo que a su vez generó un nuevo y potente movimiento obrero situado estratégicamente en las crecientes industrias de producción en masa. Estos movimientos no sólo consiguieron mejoras de salarios y de las condiciones de trabajo, sino que también fueron un ‘sujeto’ clave en la difusión de la democracia a finales del siglo XX (Beverly, 2003: 19-20).

Un marco conceptual clave viene a ser la diferencia entre el poder de los trabajadores de tipo asociativo y el de tipo estructural. El primero es el que resulta de la formación de organizaciones colectivas como sindicatos, confederaciones y partidos políticos de base trabajadora, compelidos a desarrollar prácticas de

solidaridad en un marco más general. El poder estructural es el que ejercen los trabajadores en su lugar de trabajo, en la espacialidad de la actividad económica-social que le genera condiciones de trabajo *in situ*.

Manuel Castells hace un balance de la transformación de la fuerza de trabajo en las sociedades avanzadas (G-7), entre 1920 y 1990 y concluye afirmando que “la mayor parte de la fuerza de trabajo en las economías avanzadas tiene la condición de asalariada”, pero añade inmediatamente que, incluso cuando las nuevas tecnologías posibilitan encontrar nuevos nichos de mercado a las empresas, se da un resurgimiento del empleo autónomo y mixto (1998: 249). Castells señala que es claro que no existe y resulta improbable la creación de un mercado laboral global en las condiciones del capitalismo contemporáneo. Pero afirma la existencia de una tendencia histórica hacia la interdependencia cada vez mayor de la mano de obra a escala global mediante tres mecanismos: “empleo global en las compañías multinacionales y sus redes asociadas que cruzan las fronteras; los impactos del comercio internacional sobre las condiciones de empleo y trabajo, tanto en el Norte como en el Sur; y los efectos de la competencia global y del nuevo modo de gestión flexible sobre la mano de obra de cada país” (1998: 262).

También en estas distintas formas de manifestación del poder material y social de los trabajadores su tendencia es contradictoria. No sólo se debilita sino que aumenta y potencialmente puede ser decisivo. Para América latina, tal como lo demuestra Charles Bergquist, sectores minoritarios de trabajadores en las principales industrias exportadoras y en los transportes: puertos, ferrocarriles, aeropuertos, causan, con una acción huelguística, un impacto considerable a nivel regional y nacional (1988). Igual sucede con sectores de servicios como personal médico y hospitalario, cuya repercusión social humanitaria es tremenda y cuya valoración simbólica como protesta justa, suele ser acogida. De otro lado puede combinarse el uso de ambos poderes -el estructural y el asociativo- o destacarse más uno, como ha sucedido con el poder asociativo en movilizaciones nacionales, paros generales, partidos de izquierda y alianzas interclasistas con movimientos nacionalistas del capitalismo subordinado. Es la búsqueda de un *poder compensatorio* frente a las debilidades drásticas que ocurren en otras espacialidades del trabajo y la producción social. Los movimientos antiglobalización neoliberal y antiguerra, por la paz mundial, están en esta dinámica, al igual de lo que sucede con los procesos unitarios basados en comunidades, como acontece en Ecuador, Perú y Bolivia.

IX

Colombia presenta características similares a los países de América latina en razón de su historia común, con singularidad, desde la existencia de comunidades

y Estados prehispánicos, el impacto destructor de la Conquista, la explotación y dominación en la época Colonial, y el régimen agrario minero exportador en la república en los siglos XIX y XX.

Con distintas y particulares formas el capitalismo histórico y metropolitano, irrumpió y paulatinamente avasalló, articuló y transformó las distintas formas económicas y sociales tradicionales, raizales. Implantando nuevas como el régimen asalariado e importó una de sentido anacrónico como la esclavitud, pero que cumplió amplia función en el comercio mundial en expansión y en suministrar fuerza de trabajo supletoria ante la crisis demográfica, producto del desastre humanitario de la conquista de América a manos de los distintos imperios, España en nuestro caso. Desde entonces el sector exportador: minero, extractivo y agrícola constituyó, al igual que en el resto de países del continente, el motor de la economía, a la vez que conformó las peculiares constelaciones de sociedades, clases y estados.

Colombia es una espacialidad geográfico, ambiental y social bastante amplia, heterogénea en su conformación, dispersa en su organización y radicalmente quebrada en su constitución geográfica. Posiblemente más que otros países de América latina, la unidad nacional, existe en su abigarrada diversidad de todo orden. Al mismo tiempo que su proceso de construcción como Estado-nación ha sido recortado, interferido como en el caso de la separación de Panamá, débil por el peso de las estructuras oligárquicas de propietarios y comerciantes, constituida en cultura política prolongada, como *habitus* de dominio en la sociedad en compañía de la Iglesia católica. Tal proceso de integración en forma global al capitalismo histórico, puede ubicarse hacia la segunda y tercera décadas del siglo XIX, lo que se corresponde con la exportación masiva de mercancías del capital metropolitano europeo a las economías periféricas, las cuales se especializaron en uno o dos productos del sector primario para la exportación.

En forma simultánea, hay que destacar como componente de este proceso, una lucha de clases de distinta modalidad de los de abajo hasta la aparición de la moderna lucha de clase de los trabajadores en los comienzos del siglo XX. Vale decir, la historia de América latina y de Colombia, es una historia de resistencia a los sojuzgamientos de los pueblos indígenas por parte de los imperios originarios como el Azteca, el Inca y el Chibcha. Es la lucha por hegemonías mediadas por el control espacial y demográfico. También en otro momento -desde 1492- la resistencia indígena al conquistador español, la de los cimarrones y palenques como rebeldía antiesclavista; la rebelión de los comuneros campesinos, vecinos, comerciantes, artesanos, municipios y regiones discriminadas en una conmoción de largo alcance que va del levantamiento de los comuneros en el Socorro, hasta la sublevación de Tupac Amaru en Perú y Tupac Katari en Bolivia. Se debe incluir

el cabildo abierto y su ejercicio de poder en los acontecimientos de 1810, (Nieto Arteta, 1970: 42-54).

Las guerras de independencia constituyeron la forma nacional de lucha de clases contra la sociedad hispano-colonial y el imperialismo español, guerras que dejaron planteado el grueso pleito de las clases subalternas de esclavos, indígenas y productores domésticos. La república conformada transformó las relaciones internacionales al conquistar la independencia y constituir un Estado supranacional en la Gran Colombia, de transitoria duración, (Lynch, 1983).

En la dinámica del capitalismo histórico, las jóvenes repúblicas buscaban su articulación con las otras potencias imperiales en disputa, Inglaterra principalmente. Se realizaron pactos diplomáticos, acuerdos comerciales, empréstitos y concesiones económicas, en que la presencia de la Legión Británica era el símbolo romántico que había establecido el vínculo desde las guerras de independencia. El pensamiento de Simón Bolívar y otros libertadores tenía el sello de la unidad de América latina y el horizonte cosmopolita de otear en el desarrollo de los centros metropolitanos del capitalismo histórico.

En estas condiciones en que el capitalismo es un proceso ligado a la expansión imperialista, siendo un capitalismo de ‘enclave’, el proletariado, dice Heraclio Bonilla, viene a ser de *transición*, en tanto no cortó sus lazos con el campo. Advierte este autor, que en el caso de la modificación de la condición campesina, su conversión en proletariado minero “no debe olvidar que en el caso de los Andes estamos en presencia de un campesino que no solamente es ‘campesino’ sino que es un campesino indio” (Bonilla, 2005: 41).

X

Es conocida la distinción entre conciencia espontánea y conciencia teórica que Lenin realiza en el *¿Qué hacer?*, siguiendo la formulación de Kautsky, el teórico del Partido Socialdemócrata alemán y de la Segunda Internacional. La primera se corresponde con el nivel de la lucha económica, tradeunionista que adelantan los trabajadores, quienes espontáneamente se agrupan para plantear sus reivindicaciones que estarían circunscritas a un orden limitado: el salarial y económico. Se hacía necesario para Lenin-Kautsky, acceder a una conciencia teórica propiciada por el socialismo científico en que el vehículo político para adelantar esta tarea ligada al propósito de la revolución, era el partido político de los trabajadores. El momento más avanzado de la conciencia de clase viene a ser el partido político que la organiza, la define en el programa, en las tesis políticas y la vuelve potencia en la acción, cuando la práctica adquiere su verdadero alcance transformador. Para ello, se requiere no sólo la organización. ‘suma compleja’, del partido en los marcos nacionales, sino en su alcance de partido mundial:

la Internacional. Ambos objetivos se realizaron en la tarea de este dirigente y sus camaradas, en la revolución rusa de 1917 y en la fundación de la Tercera Internacional. Las implicaciones de esta teoría, elaborada y propagada de manera abundante en el movimiento internacional de los trabajadores y el comunismo fue decisiva durante buena parte del siglo XX, aunque sea legítimo diferenciar la utilización mecánica y dogmática en el período hegemonizado por Stalin.

La tesis de Kaustsky, que cita Lenin, está en la resolución aprobada por el Congreso del Partido Socialdemócrata Austriaco en 1901:

La moderna conciencia socialista sólo puede nacer gracias a un profundo conocimiento científico. La actual economía política al igual que la actual técnica constituyen los supuestos de la producción socialista y éstos no los produce el proletariado pese a sus mejores intenciones. Estos supuestos son el resultado del proceso social actual. El sujeto de la ciencia no es el proletariado sino la *intelligentsia* burguesa... La conciencia socialista es algo que se trae de afuera para insertarla en la lucha de clases del proletariado y no algo que venga de dentro, (Lenin, 1970: 75-79).

Una variante de esta concepción de Lenin viene a ser la del historiador Eric Hobsbawm, quien diseña la distinción entre movimientos prepolíticos, de los propiamente políticos de la era moderna. Los bandoleros vienen a ser entonces sociales y prepolíticos, forma ‘primitiva’ o ‘arcaica’ de agitación social al lado de las asociaciones secretas rurales, los movimientos milenaristas, las turbas urbanas en la era preindustrial y sus asonadas, sectas religiosas obreras y el recurso al ritual en las tempranas organizaciones de trabajadores, (Hobsbawm, 1974).

Conviene problematizar estos enfoques de Kautsky-Lenin-Hobsbawm. El escrutinio de Gramsci sobre la conciencia dual y sus consecuencias inferen otras perspectivas. Así, afirma el filósofo italiano: “Hay que observar, por de pronto, que la espontaneidad ‘pura’ no se da en la historia... En el movimiento ‘más espontáneo’ los elementos de ‘dirección consciente’ son simplemente incontrolables, no han dejado documentos identificables.” (Gramsci, 1970: 309)

El razonamiento señala que la espontaneidad es además propia de la ‘historia de las clases subalternas’ donde hombres reales, en circunstancias difíciles y en contextos contradictorios adelantan su praxis. Por ello se debe procurar la unidad de la espontaneidad y la dirección consciente, precisamente ésta es la acción política real de las clases subalternas. No hay separación mecánica entre lo espontáneo y lo consciente. Ya que lo primero corresponde al sentido común, a la concepción tradicional popular del mundo. Entre lo espontáneo y lo consciente no hay oposición, su diferencia es ‘cuantitativa’, de grado y no de cualidad; se influyen mutuamente dando lugar a múltiples combinaciones. Pero, alerta Gramsci que ocurre casi siempre que un movimiento espontáneo de las clases

subalternas coincide con un movimiento reaccionario de la derecha de la clase dominante.

El italiano enriquece la perspectiva de la clase – lucha de clases – conciencia, destacando como el Estado es el lugar donde se produce la unidad histórica de las clases dirigentes y por ende la historia de esas clases es la de los estados. Esta unidad no es sólo jurídica y política sino que de manera fundamental es el resultado de las relaciones orgánicas entre el Estado o sociedad política y la ‘sociedad civil’.

Esto introduce la noción que por definición las clases subalternas no se han unificado y no lo pueden lograr hasta no ser Estado. Recordando a Gramsci: “La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay una tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales; pero esta tendencia se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes y, por tanto, sólo es posible mostrar su existencia cuando se ha consumado ya el ciclo histórico, y siempre que esa conclusión haya sido un éxito.” (Gramsci, 1970: 493).

XI

La historia del proletariado desde el siglo XVII hasta principios del XIX en el Atlántico y el Caribe, era la de una clase anónima, sin nombre. No tenía tierras y estaba expropiada ante la pérdida de las tierras comunales. Estaba pauperizado y a menudo realizaba tareas no remuneradas en una especie de esclavitud disfrazada e incluso padecía hambre y desespero. Era geográficamente móvil, trasatlántico. Fue el motor del capitalismo y del transporte: buques y ferrocarriles principalmente. Era un ‘capitalismo salvaje’ el que operaba en las relaciones sociales, mediante el despotismo y el terror, carente de protección legal efectiva.

Este proletariado era femenino y masculino, y de componente generacional diverso. Peter Linebaugh y Marcus Rediker, autores de una historia del Atlántico, recuerdan que de hecho la expresión *proletaria* se aplicó originariamente a mujeres pobres que cumplían el mandato estatal de parir niños. Para ellos, estaban incluidos en el proletariado “desde las prostitutas jóvenes hasta las viejas *lagartas*.” Era multitudinario, numeroso y crecía continuamente; ejercía su carácter de multitud en las plazas, muelles, mercados y fragatas. Estaba *numerado, pesado y medido* ya que era considerado una cosa necesaria para efectos fiscales, productivos y reproductivos. Funcionaba de manera cooperativa y obrera. Este rasgo se vuelve decisivo: “El poder colectivo de muchos y no el trabajo cualificado de cada uno, era lo que producía su energía más poderosa... Era *variopinto*, vestía harapos y tenía un aspecto multiétnico. Como Calibán, el proletariado tuvo sus orígenes en Europa, África y América.” Era vulgar y su lenguaje, expresión de lo popular

en todas sus manifestaciones. “El proletariado era *planetario* en sus orígenes, sus movimientos y su conciencia. Finalmente el proletariado *actuaba por sí mismo* y era *creativo*; fue -y es- un organismo vivo; está en movimiento” (Linebaugh – Rediker, 2005: 379).

En la historia moderna de los trabajadores, el radicalismo de la multitud *sans coulottes*, marchantas, artesanos, el *menu people*, los proletarios será centro de irradiación internacionalista al lado del cosmopolitismo de los derechos humanos. La vibrante y radical cultura de la clase trabajadora en Londres fue receptáculo privilegiado al igual que en las colonias. Al lado del movimiento Cartista, la creación de las Tradeuniones, está la “esclavitud” laboral de niños y mujeres, además la jornada de 12 horas.

El otro componente histórico es el de la insubordinación de los negros, originales y descendientes -trasladados como esclavos en operaciones de despojo y secuestro-, que operó en las minas y plantaciones. Era el relevo y complemento de la crisis demográfica suscitada por el exterminio indígena. Para Linebaugh y Rediker, “la conciencia negra o panafricana surgió de la resistencia de la sangre y el espíritu que logró éxitos históricos en la década de 1790.” (2005: 381). Estas rebeliones se dieron en Dominica, San Vicente, Jamaica, Virginia, el Caribe, pero sobre todo la Revolución Haitiana, 1791-1804. Si el componente cultural, el logro más significativo de la clase trabajadora inglesa fue la prensa, el del poder negro fue la música de todas las edades, femenina y masculina. En el caso de los trabajadores negros, esclavos y libertos, la ideología de la resistencia se alimentaba de la vuelta a África como espacio de redención, este providencialismo se conoce como etiopianismo.

La transición del trabajador esclavo al asalariado en el caso de los afrodescendientes mantiene una profunda tradición en las culturas rebeldes de la protesta, lo que le permite a Fernando Ortiz afirmar: “Contra lo que generalmente se cree, las huelgas empezaron en estas Indias apenas los blancos de Europa comenzaron a sojuzgarlas. En 1503, antes de colonizarse Cuba, ya el gobernador Ovando se quejaba en la isla Española de los *alzamientos de indios y de negros*, los cuales se negaban al trabajo forzado y sin provecho propio.” (1978: 80)

Esto es lo que hace pertinente en la tradición multicolor de los trabajadores en América latina tener en cuenta el componente afrodescendiente.

Bibliografía

ARCHILA, Mauricio (2003). *Idas y Venidas. Vueltas y Revueltas. Protestas Sociales en Colombia 1958-1990*. Bogotá : CINEP, Centro de investigación y educación

- popular / ICANH, Instituto colombiano de antropología e historia.
- BERGQUIST, Charles (1988). *Los trabajadores en la historia latinoamericana. Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*. Bogotá : Siglo XXI.
- BONILLA, Heraclio (2005). *El futuro del pasado. Las coordenadas de la configuración de los Andes*. Lima: Fondo editorial pedagógico San Marcos, Instituto de Ciencias y Humanidades, Dos tomos.
- CASTELLS, Manuel (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen I. La sociedad red*. Madrid : Alianza.
- GRAMSCI, Antonio (1970). “Espontaneidad y dirección consciente”. En : *Antología*. México : Siglo XXI.
- HOBBSBAWM, Eric (1976). *Bandidos*. Barcelona : Ariel.
- _____. (1974). *Rebeldes primitivos*. Barcelona : Ariel.
- LENIN, Vladímir Ilich (1970). *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. En : *Obras Escogidas*. Tomo I. Moscú : Editorial Progreso.
- LINEBAUGH, Peter y Rediker, Marcus (2005). *La hidra de la revolución. marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*. Barcelona : Crítica.
- LYNCH, John (1983). *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Barcelona : Ariel.
- NIETO ARTETA, Luis Eduardo (1970). *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Bogotá : Oveja Negra.
- ORTIZ, Fernando (1978). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas : Biblioteca Ayacucho.
- RODRÍGUEZ, Óscar (2002). *Los avatares del servicio de salud para pobres. Transformación de subsidios de oferta-demanda, sostenibilidad financiera, comparación internacional*. Bogotá : Ministerio de Salud / Universidad Nacional de Colombia.
- RUDÉ, George (1971). *La multitud en la historia. Estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*. Buenos Aires : Siglo XXI.
- SALAMA, Pierre (1999). *Riqueza y pobreza en América latina. La fragilidad de las nuevas políticas económicas*. México : Fondo de Cultura Económica.
- SAZÓN, Donald (2001). *Cien años de socialismo*. Barcelona : Edhasa.
- SCOTT, Janny y David Leonhardt (2005). *El Tiempo*. Bogotá, suplemento The New York Times (mayo 22).
- SILVER, Beverly J (2003). *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid : Akal.
- TILLY, Chris y Charles Tilly (1998). *Work under Capitalism*. Boulder, Colorado : Westview Press.